



www.loqueleo.com/es

Título original: THE DONKEY RUSTLERS

© 1968, Gerald Durrell

© De la traducción: 1982, María Luisa Balseiro

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-049-7

Depósito legal: M-37.852-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: octubre de 2019

Más de 50 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los secuestradores de burros

Gerald Durrell

Ilustración de cubierta de María Jesús Santos

loqueleg

*Para mi ahijado adoptivo,
Andreas Damaschinos,
que vive en una isla
donde bien podría haber sucedido
lo que aquí se cuenta.*

Melisa

Melisa es una isla perdida en el mar Jónico. Es tan pequeña, y está tan a trasmano, que muy poca gente sabe de su existencia. Es una isla afortunada porque tiene agua en abundancia; el campo está poblado de olivares y cipreses y en ciertas épocas se ven grandes extensiones cubiertas de flores de almendro blancas y rosadas. Una vez al año visita la isla un barquito de turistas que atraca en el puerto de Melisa, y allí los turistas desembarcan en pelotón y compran grandes cantidades de falsas antigüedades griegas, que constituyen la principal fuente de ingresos de los alfareros del lugar.

La isla se enorgullece de tener una pequeña colonia extranjera, compuesta en primer lugar por un francés muy anciano, que reside en una villa apartada y muy raras veces se deja ver en público. Se rumorea que está recuperándose de un amor

desgraciado, pero a juzgar por el número de campesinas que tiene empleadas en la villa, todas ellas rollizas y de buen ver, se diría que ha encontrado el antídoto ideal para sus penas. También hay dos señoras inglesas de cierta edad que se pasan la vida rescatando gatos extraviados, haciendo buenas obras y dando aburridísimas lecciones de inglés a los melisiotas que desean adquirir conocimientos de esa lengua.

Esa es, por así decirlo, la población estable, pero durante los meses de verano, las pocas gentes que saben de la existencia de Melisa (y que además son lo bastante inteligentes) alquilan destartaladas villas en el campo y van allí a tomar el sol y a bañarse en el mar templado, con lo cual cada año le van tomando más cariño a la isla y a sus simpáticos y bondadosos habitantes. Verdaderamente, Melisa es una especie de mundo al revés en el que la lógica no tiene nada que hacer; en Melisa puede pasar cualquier cosa, y a menudo pasa.

El santo patrón de Melisa es San Policarpo. Una vez, en el transcurso de sus viajes en 1230, un siroco le apartó de su rumbo y el santo no tuvo más remedio que quedarse en la isla hasta

que mejoró el tiempo. En señal de gratitud por la hospitalidad que se le había mostrado, hizo obsequio a la isla de un par de vetustas zapatillas. Los melisiotas, conmovidos por tanta generosidad, inmediatamente le nombraron su santo patrón, y de allí en adelante las zapatillas, cuidadosamente colocadas en un relicario, fueron el núcleo de toda ceremonia religiosa.

11

En la parte norte de la isla hay un pueblecito que se llama Kalanero. Está subido en lo alto del monte, y a sus pies se extiende una fértil llanura cultivada que llega hasta el mar. Todas las mañanas se levantan los aldeanos y descienden en burro por la ladera —habrá sus buenos cuatro o cinco kilómetros— para trabajar sus campos. En el centro del pueblo se alza una gran villa veneciana que lleva trescientos años o más desmoronándose bajo el sol.

Durante mucho tiempo, los aldeanos miraron aquella villa con cierta animosidad, porque la poca gente que llegaba hasta allí no la alquilaba nunca, por lo cual no podía Kalanero presumir como otros pueblos de poseer villas habitadas por forasteros. Hasta que un día llegaron los Finchberry-White.

El padre, general de división Finchberry-White, era la viva imagen de lo que para los melisiotas debía ser un inglés: era alto y un poco corpulento, y por todas partes se movía con aires de ser el amo. Pero la verdad es que en el fondo era un melisiota. Poseía un raro talento —raro entre los ingleses, por lo menos—, que era su facilidad para los idiomas. No recuerdo ahora mismo cuántos idiomas hay en Europa, pero, sean los que fuesen, el general los hablaba todos tan bien como un nativo. Así que para el campesinado local presentaba el atractivo inmediato de ser un inglés que, cosa nunca vista, hablaba griego. Y tenía otro atractivo más: había perdido una pierna y llevaba una postiza de aluminio, articulada, sobre la cual en los momentos de tensión ejecutaba complicados ritmos de tambores africanos.

En cuanto descubrió la villa de Kalanero, la alquiló para mucho tiempo, y ni que decir tiene que los lugareños se llevaron una gran alegría. Ahora no solo iba a vivir entre ellos un inglés, sino un inglés que hablaba griego y que, además, era evidentemente un héroe de la guerra, porque le faltaba una pierna. La aldea se dividió en dos corrientes de opinión acerca de cómo lo ha-

bía logrado. Medio Kalanero insistía en que le había ocurrido mientras tomaba Roma él solo; el otro medio Kalanero estaba convencido de que le había pasado mientras tomaba Berlín él solo. Lo que no sabía nadie era que el general había perdido la pierna un día que bebió más de la cuenta y se cayó por las escaleras de la casa de un amigo suyo en Chelsea. Pero la verdad es que era su dominio de la lengua griega lo que le hacía ser más querido de todos.

13

El general solo tenía una ambición en la vida, y esa ambición era pintar. Pero la pierna mala no le permitía recorrer sino distancias muy cortas. Esa fue la razón de que alquilara la villa de Kalanero sin pensarlo dos veces. Tenía una amplia terraza desde la cual se dominaba un panorama de cipreses con el mar de fondo, y, por lo tanto, era un buen sitio para pintar. El general instalaba el caballete y pintaba muchos y malísimos cuadros de cipreses, porque en su opinión era un árbol fácil de dibujar y poniéndoles muchos colorines por detrás se conseguían unos paisajes que no tenían nada que envidiar a los de la Real Academia. Así, con una persistencia que estoy seguro de que fue

la misma que le valió sus galones, pintaba un cuadro tras otro desde aquel mismo punto de vista, para su completa satisfacción y la de los aldeanos, los cuales, naturalmente, le trataban con una reverencia de la que el propio Rembrandt se habría enorgullecido.

14 Había también, claro está, una señora Finchberry-White y dos niños, un niño y una niña. La esposa del general era una de esas señoras inglesas un tanto ajadas que debieron de ser muy guapas en su juventud, y ahora llevaba el peso de los años con suma elegancia. Dedicaba su tiempo a deambular distraídamente, recoger flores silvestres y organizar comidas totalmente desorganizadas a intervalos irregulares. Pero, por supuesto, los protagonistas de esta historia son dos niños: David y Amanda.